

Domingo Melfi D.

El extraño caso del escritor Almeida

II

(Continuación)

El tormento espiritual pocas veces ha sido más conmovedor que en esta etapa, y jamás el hombre emocional ha sentido soledad más lamentable que la de hoy. Al hombre de letras se le acusa de haber trastornado la civilización, porque despertó la conciencia de la masa. Le han hecho un favor enorme, sin que él haya pretendido nunca apropiárselo. «Una de las ironías del destino del escritor—ha dicho Huxley—es que nunca está seguro del género de influencia que ejercerá sobre sus lectores». Existen, evidentemente, escritores cándidos que imaginan que sus obras modifican o trastornan la esencia de una colectividad. Todo este proceso es tardío y, a menudo, ocurre que después de muerto es cuando verdaderamente comienza la vida de influencia de un escritor.

Educado el escritor, al menos en los medios nues-

tros, para el individualismo, apenas ha podido liberarse de su educación burguesa y ha debido por lo tanto, hacer equilibrios sobre un abismo. Y no porque la colectividad tomara en serio sus elucubraciones, sino porque él mismo se había forjado un criterio excesivamente soberbio respecto de su propia conducta. Algunos se creen dioses o semidioses. Ocorre ahora que la masa, dueña de su destino, no le reconoce vigencia alguna y los antiguos señores de su inteligencia le desdeñan porque le creen traidor a sus doctrinas. Es decir, que si se pone francamente del lado del pueblo en la defensa de sus intereses, éste vacila en aceptarlo y los enemigos, pertenecientes al antiguo régimen, le creen interesado en alcanzar alguna posición acomodada. Vacila entre dos órdenes de fuerzas contradictorias, que están en pugna continua y que no le comprenden en su verdadera complejidad espiritual.

En América el escritor, el intelectual como le denominan, más por burla que por una exacta comprensión del significado de la palabra, fué siempre el hombre en la luna, el antípoda, el inconforme. Le impeñaban al combate y luego lo abandonaban. Le echaban en cara su pasividad si no acudía a las trincheras y cuando se resolvía a abandonar su soledad idílica, le significaban su desdén. No servía para la trinchera de combate. Decían de él que era un escéptico, un amargado o un oportunista. Lo usaban como instrumento de pasiones políticas, subalternas, porque carecía de defensas económicas y porque la pobreza, entre todas las ma-

las consejeras, es siempre la más ruin y abominable. Jugaba su destino a una carta siempre marcada y su ingenuidad, su buena fe, le impedían ver la oculta marca. Cuando descubría la verdad irónica de su conducta desviada era ya tarde. Su destino quedaba trazado y por la huella echaban a andar tras él, las calumnias, las mentiras, los rencores, las burlas y todos esos odiosos pensamientos minúsculos que provienen de la alegría oculta de los otros ante el fracaso de un camarada.

Almeida siempre recordaba al poeta Zamora, al compañero desbarrancado en un episodio de los más tristes que pueden ocurrirle a un hombre. ¿Por qué obscuro destino—se preguntaba siempre—ha podido llegar tan bajo en su atormentada vida de soñador? Almeida le conoció en los días más bonancibles, en las horas más diáfanas de su existencia. Acaba de publicar un bello libro de versos y se sentía henchido de plenitud. Creía tener el mundo en sus manos. Estaba dominado por esa voluptuosidad deleitosa que embriaga como un vino añejo. Le pasaba a aquel compañero lo que al escritor novel, que ve publicado en un diario su primer artículo y sale como desatentado a la calle a recibir las miradas complacientes de los que él imagina sus lectores.

En aquellos días nunca hubiera podido sospechar la caída vertical de este amigo, porque nada, en su carácter, denotaba la debilidad de que iba a ser víctima.

Cuando Almeida le volvió a encontrar, largo tiempo después de los sucesos desgraciados, era ya un despojo, una piltrafa humana. En cualquiera otro su delito hubiera merecido alguna justificación, después de analizado con humanidad. Para este, no existió comprensión de ninguna especie.

Una noche, como en tantas otras, Almeida había salido a vagar, según costumbre, por algunas calles solitarias. De pronto sintió que lo seguían con un paso cauteloso y al propio tiempo lleno de reticencias. Se volvió rápidamente, temeroso de un asalto. El hombre le sonrió desde el fondo de su infinita pobreza. La noche estaba tan sola como la que seguramente se condensaba en sus espíritus. Al pronto, Almeida no le reconoció. Habían pasado tormentas y remordimientos por aquel rostro, desgajándolo y la obscuridad hacía difícil el reconocimiento. Pero la voz del desconocido pronunciando su nombre lo estremeció:

—Almeida...

La voz era apretada y sombría, a pesar de la sonrisa que entreabrió los labios dejando ver como un milagro, en aquel montón de harapos, sus dientes blancos y parejos.

—¿Zamora...? ¿Ud.. ? ¿Y qué le pasa hombre por Dios...

—Ya lo ve...—murmuró de nuevo la voz, con un acento esta vez tan sobresaltado que parecía venir del fondo de una voluntad ya casi enteramente destrozada.

Almeida, a favor del resplandor algo distante que

arrojaba un foco eléctrico, enredado entre los árboles, examinó con rapidez la ropa del amigo. Estaba sucia y desgastada. Los zapatos, roídos y leprosos, dejaban ver los dedos envueltos en unos calcetines negros por el uso. Todo el conjunto, y especialmente el rostro, denotaba el viaje presuroso hacia un fin inexorable.

Almeida lo tomó de un brazo con la afección de un viejo camarada. Caminaron un rato en silencio. Estaban cerca de la Avenida Matta. Transitaban por una calle negra y desapacible. No había un alma viviente. Y un silencio como de pesadilla iba marcando, al andar, el compás rítmico de los pasos, parecido al de los galeotes que una misma cadena obliga a ser exactos... Los árboles que decoraban la acera, árboles de copas redondas y abultadas, hacían más negra la soledad de la calle. Almeida le llevaba a algún bar, de esos que nunca faltan en esas callejas. Por fin dieron con uno. Entraron. Había algunos bebedores, unos pocos apoyados en el mesón de la cantina y otros sentados frente a unas mesas. Zamora no llamó tanto la atención de los parroquianos como el propio Almeida, cuyo traje limpio y cuidado, hacía rudo contraste con el del hombre que le seguía. Tomaron asiento en una mesa que estaba en un rincón. Almeida le ofreció algo de beber. Y luego que el mozo dejó los vasos sobre la mesita, permanecieron aún algunos instantes en silencio. Parecía que ya nada tenían que decirse, puesto que Zamora lo había expresado todo en la profundidad de su miseria física. La atmósfera del bar apesta-

ba con su hedor sórdido de vinería y de grasa frita. Por iniciar de algún modo la charla, Almeida le incitó:

—¿Y qué hace Ud. Zamora...

Zamora sonrió encogiéndose de hombros con un aire tal de desolación que Almeida sintió rubor ante su propia pregunta.

—¿En qué quiere que trabaje?... Y al mismo tiempo se inclinó un poco para mirar sus zapatos.— Con esta facha—añadió—nadie se atreverá a darme nada... Convide un cigarro Almeida...

Le nombró como en otro tiempo, con familiaridad, como cuando solían encontrarse en el centro y daban un paseo charlando por las calles bulliciosas. ¿Tiene un cigarro Almeida...? Y agregó:

—Ya no hay nada que hacer... Almeida... Estamos liquidados...

—No, Zamora... no sea bárbaro... no diga eso... Algo hay que hacer...

Comprendía, no obstante, la inutilidad del consejo. Delante de él estaba el despojo roído por todas las lacras. Al moverse exhalaba un hedor de cuerpo cercado por la mugre. El cuello de su camisa estaba manchado y en los codos, la manga del vestón, ya rota, mostraba la piel blanca. En aquel rostro, antes tan varonil, se había desplomado el abandono vergonzante e implacable. Pero insistió, sintiendo su corazón crispado de amargura:

—Hay que hacer algo... Zamora... zafarse de esto... no... no puede ser...

—Es fácil decirlo... Lo he pensado tanto... miles de veces...

Brillaban sus dientes perfectos, blancos y firmes. Dientes que no tenían finalidad alguna en esa miseria. Duros como el pedernal, sin duda, e inútiles al mismo tiempo. Almeida pensó para sí, en una huída de sí mismo, alejándose de aquel harapo que le mostraba toda la profundidad negra de la vida: «riqueza inútil e inservible». Zamora hizo un gesto agrio con su boca, tal que si la amontonara a un lado del rostro. Como había vaciado ya su copa de vino, Almeida volvió a llamar para que le repitieran. Le dijo al mozo que sirviera, además, algo de comer, un sandwich... mientras observaba los dientes de Zamora... —Miles de veces lo he pensado prosiguió Zamora, con una voz más entera, como súbitamente galvanizado por la promesa de aquel nuevo vaso y del sandwich, y quizá por esa tibieza misma del bar, que le prestaba momentáneo refugio. —Miles de veces... Así como he pensado miles de veces en aquello...

La mano trazó en el aire un gesto que Almeida comprendió con rapidez. Era la alusión a su caída.

—Aquello que Ud. sabe...

Apoyó la cabeza entre las palmas de sus manos y con los dedos crispados alisó sus cabellos negros.

—... Malos consejos... una mala partida... eso que no encuentra justificación sino en quienes han sufrido semejante desgracia... Por una mujer uno es capaz de todo, hasta del crimen... Cuando ya no

quedaba nada de mí, cuando ya no era nada más que un despojo... vine a caer en la cuenta, pero ya era tarde... Estaba como quien dice en la calle, con mi honor manchado, con mi porvenir ennegrecido... con mi familia destruída...

Bebió, ávidamente, un gran sorbo de vino y añadió:
—Se rueda sin saber... como si nos empujaran suavemente por una pendiente inclinada... uno piensa en que todo podrá ser arreglado... va dejando a los días, a las noches, el capricho de realizar el milagro, como si tuviéramos la certeza de que alguien nos defiende de nuestras debilidades... Un engaño... Aquella mujer exigía demasiado de mí y yo me sentía engarfiado a ella con una desesperación de todas mis fuerzas. Si Ud. me pregunta en donde estaba el secreto de su atracción irresistible, yo no sabría qué decirle. No sabría indicarle nada concreto. Era toda ella entera, con su genio desagradable, con su boca tentadora, con su sangre hirviente, con eso que no entenderemos nunca, por más que lo analicemos toda la vida... Eso no habría sido nada... ni tampoco el engaño que yo conocía, sus caprichos de hembra casquivana, enferma o loca de su cuerpo... No... lo espantoso era lo otro... la ruina de mi casa y de mi honor...

Guardó silencio. Una pausa penosa y cruel. Pausa de confesión, jalonada por ese mesarse los cabellos, con delicadeza a ratos y luego ásperamente, como si quisiera arrancárselos. Y en seguida la mano que resbalaba por el rostro y se tomaba el cuello y lo apreta-

ba entre el pulgar y los otros dedos, frotándose la piel negra por la barba crecida... en un movimiento nervioso, desesperante.

Almeida nos narró toda esta escena algunos días después de su encuentro con Zamora. Le había dado el poco dinero que llevaba esa noche, que no era mucho. Comprendía que no sería más que un alivio pasajero. Por más que lo interrogó, no quiso decirle donde dormía. Se negó esquivando la respuesta. Pero era fácil comprender que la mayor parte de las noches vagaría sin rumbo como lo hacen esos pobres desamparados que salen en todas las calles al paso de los transeúntes, para pedirles una moneda...

Almeida comentó:

—Mientras Zamora hablaba yo pensaba para mis adentros: este es el suicidio lento, el suicidio a pausas, consentido y tolerado por todos. Este pobre Zamora se está consumiendo sin que podamos hacer nada por impedir su fin. La voluntad ha dejado de ser... No se disparará un tiro en la sien, porque ni siquiera podría procurarse un revólver... No buscará un veneno, porque tampoco tiene con qué comprarlo y no se lo venderían... Se irá deshaciendo en las calles abandonadas, bajo el frío de las noches. Entrará en un bar para pedir un trago y, si quieren, se lo darán, sino lo echarán como a un perro. Era una posibilidad para las letras y ahora no es nada más que un harapo humano...

Este es un caso que podríamos llamar físico. Se aliaron en él circunstancias dolorosas a una voluntad debilitada por el propio desgaste sexual. Zamora perdió el control sin que le fuera posible enderezar su naturaleza para volverla al sendero firme. Faltó una mano que lo detuviera en su caída. Pero existen también los casos morales, los que no exteriorizan su liquidación con formas visibles. En cambio, están sujetos a la desesperación silenciosa del naufragio lento e inacabable como una tortura. La naturaleza irónica y un tanto burlesca del ambiente, obra en éstos como una defensa involuntaria. Les hiela en las venas la exaltación romántica, el ímpetu lírico. Sienten encima la sombra de la burla, la vigilancia irónica del medio y prefieren al ridículo, la resignación y el ocultamiento de su tragedia. El pudor, la timidez o el orgullo, son más fuertes que todo otro sentimiento.

Ciertamente existían los otros casos. Los casos de la negación continua, los casos de la inutilidad manifiesta. No todos los que llevan el microbio irascible de la literatura, pueden procurarse una situación desahogada. No todos pueden ser maestros o funcionarios de algún servicio del Estado. No todos tienen la seguridad de encontrar una situación económica que les permita defender su sensibilidad del hielo de la calle. Muchos de estos están obligados a realizar absurdos menesteres para procurarse un mediano pasar. La naturaleza no se inquieta por tales tragedias íntimas. Es

seguro que ni las conoce. El escritor carece de una particularidad ostensible. Es parecido a todos los hombres que transitan por las calles; pero es también el más característico de todos, en cuanto deja de ser un hombre corriente, y revela su verdadera identidad.

A Rubén Darío le ocurrió en Valparaíso un suceso extraordinario. Había logrado una plaza de cronista en un diario. El director le ordenó que redactara algunos artículos, sobre la vida porteña. Comenzó a hacerlos. Naturalmente resultaron hermosísimos. Pero a los pocos días le llamó de nuevo el director y le dijo:

—Ud. escribe muy bien... pero nuestro periódico necesita otra cosa... Así es que le ruego no pertenecer más a nuestra redacción...

Han dicho que esta anécdota es problemática. ¿Por qué? Está dentro de lo posible. Pertenece a la categoría de esas anécdotas que en nuestros medios revelan el divorcio absoluto entre el escritor y el ambiente. Si hubiera resonancia cordial existiría también correspondencia espiritual. La graduación de matices diferenciados es tan nítida, que no sólo el caso le ocurrió a Darío, sino a muchos otros que intentaron lo mismo que el poeta nicaragüense.

La voluntad de Almeida naufragó en la naturaleza oblicua del medio. Tuvo una gran seguridad en sí mismo, mientras creyó que las manifestaciones de su espíritu encontrarían un hueco donde manifestar su sensibilidad. Cada día, cada mañana sentía con renovada fuerza el

optimismo de su corazón. Se disponía a realizar cosas magníficas y a hacer estudios que creía encontrarían una viva simpatía en los demás. No se atrevía a creer que le rechazarían sin manifestárselo; o que, por lo menos, le aceptarían un tiempo, en virtud de esa pasividad que hace que el público tolere a un actor sobre las tablas. Él estaba distante de pensar que la idea de la cultura carecía de firmeza y de constancia y por eso trataba de mantener firme su corazón.

En el ambiente que le rodeaba había algunos grupos que le exaltaban al sacrificio, sin sospechar por cierto que se trataba de un mero sacrificio. Pero eran forzados de la misma cadena. Eran artistas como él, seres que se buscaban para entibiar sus cuerpos o para estimularse, a despecho del helado silencio que caía sobre ellos. Una vez reunió a algunos amigos y todos juntos fundaron una revista literaria. Estaban alegres y creían que podrían triunfar sobre las contingencias más difíciles. Algunos escépticos, dijeron su verdad destemplada, un tanto agria: era preferible no ensayar para no llevarse desengaños; pero no prevalecieron estos malos augurios. Cerraron los oídos a toda negación, a todo pesimismo y siguieron adelante en la tarea.

Fueron días ágiles, livianos y conmovedores. Se reunían al medio día después de las ocupaciones y charlaban acerca de los proyectos. Buscaron una imprenta, pidieron los presupuestos y reunieron, por cuotas, la primera suma para el pago del primer ejemplar. Pasaron noches casi enteras discutiendo en la casa de

uno de los directores de la revista. Cada cual aportaba una idea nueva o un recurso eficaz para el mejor éxito de la empresa. No hablaron de otra cosa, durante los quince días de preparativos. Por fin, después de heroicos trajines y de rectificaciones y empujes salieron con el primer ejemplar de la revista *Arauco*.

Aparte de algunos sueltos publicados en los diarios saludando la aparición de este nuevo órgano literario y de algunos votos verbales que recogieron en las calles, de labios de admiradores del oficio, la revista pasó en el más completo silencio. Pero estaban aún alegres. Aun tenían confianza. El tiempo discurrió en los mismos ajeteos de siempre, en las mismas idas y venidas a la imprenta y en las discusiones, por las noches, en la casa de uno de los directores. Almeida se multiplicaba para buscar las colaboraciones y para elegir el material de relleno. Todos los amigos escritores, como si se tratara de una empresa extraordinaria, llevaban sus trabajos, versos, cuentos y crónicas de libros. No sentían el vacío del ambiente porque estaba lleno con sus entusiasmos. No advertían lo temerario de la empresa porque confiaban en que el público se daría cuenta, muy luego de este esfuerzo, y le prestaría su cooperación.

Tuvieron un pequeño desengaño mientras preparaban el segundo número. Más de la mitad del primero no había podido venderse y en los kioskos y en las librerías los ejemplares puestos a la venta, disminuían tan lentamente que casi no se advertía el fenómeno.

No se amilanaron por ello. El segundo, corregido ya de los errores y vacíos, tendría novedades importantes y presentaría un material de un gran interés literario. Un dibujante amigo había hecho una bella portada para este nuevo número, y esto sólo bastaría para llamar la atención de los lectores, al pasar por delante de los escaparates. Los mejores poetas tenían cabida en este número. Los cuentistas más celebrados ocuparían algunas páginas con sus relatos y un crítico de los más valientes iniciaría una crónica que daría mucho que hablar.

La aparición del segundo número, tuvo sin embargo, la misma fortuna del anterior. Fué saludado por los sueltos de los diarios, por los votos verbales de los aficionados en la calle y por los comentarios sobre la crítica de libros, que dieron origen a ruidosos incidentes entre los mismos escritores. El crítico había dicho cosas desagradables de algunos autores y éstos devolvieron la mano, diciendo en los corrillos, palabras hirientes contra el osado que les negaba la sal y el agua. Pero la cosa, como ocurre siempre entre hombres de letras, no pasó más allá de los incidentes de palabras.

Y así continuó el viaje esta revista, hasta que al llegar a los límites del quinto número, comenzaron a circular siniestros rumores entre los colaboradores y admiradores de la publicación. Los escépticos que antes de la aparición del primer número habían hecho vaticinios sombríos, ahora miraban con un aire de superio-

ridad que martirizaba a los directores. Parecían decir: «¿Qué hubo . . . teníamos o no teníamos razón?»

Una noche fueron convocados a una reunión, por los directores, muchos de los que escribían en la revista y algunos aficionados y donantes. La reunión tenía un solo objeto: presentar una especie de balance de los cuatro números publicados y comunicar que desde ese momento Arauco dejaba de existir. El público no había respondido. Más que eso. El público, salvo algunas personas de buena voluntad, no se había percatado de la aparición de la revista. El balance dejaba algunos cientos de pesos de pérdidas; había una deuda que pagar en la imprenta y las cuentas rendidas por los agentes eran de lo más desconsoladoras.

Un detalle horrible para todos. En uno de los rincones del escritorio en donde se habían reunido esa noche, aparecía un montón de cuadernos empaquetados, colocados en forma que la cubierta mostraba diversas portadas de la revista. Eran los centenares de ejemplares sobrantes, que comenzaban a llegar a guisa de mercadería averiada . . . desde los puestos de venta.

Algunas voces se alzaron para pedir a los directores que siguieran en la empresa. No podía ser que este esfuerzo tan bello quedara cortado en medio de su avance. Las palabras no tuvieron eco. Faltaba la resonancia del ambiente, y el déficit era una cosa categórica y amenazante. Lo desagradable era que la revista había dejado de existir y un nuevo esfuerzo se había perdido en la total indiferencia del público.

Almeida observó que el público recelaba de estas empresas literarias. Las temía no porque fueran nocivas—ya se había acusado a Voltaire y a Rousseau de haber trastornado el mundo con sus ideas—sino porque el sentido mismo de la cultura aun carecía de sostén en la realidad. Cada uno de estos contactos negativos dejaba en su espíritu una sensación de amargura no visible, sino muy oculta en el fondo. Se había batallado, desde hacía mucho tiempo, por ampliar la zona de resonancia de las ideas, y en verdad se había logrado muy poco. Los círculos concéntricos de ensanche apenas si arrugaban la superficie encalmada de este lago, en el cual todos los ruidos tenían ambiente, menos el que, de hecho, debía corresponderle a los libros o a las materias de orden intelectual.

Surgían de paso muchos elementos nuevos, muchas voluntades dispuestas a batirse con la sordera del ambiente. Al poco tiempo, se debilitaban vencidos y acorralados por la indiferencia, y pasaban a aumentar el número de los desengañados. Esta legión de desengañados era muy copiosa. Venía recogiendo víctimas desde los días ya lejanos de la formación de la República. No perseveraban en la tarea sino muy pocos. Los otros se entregaban a diversas ocupaciones y muchos que hubieran sido grandes realidades, a juzgar por lo que habían producido, debían ocultar sus disposiciones para no perturbar su propio porvenir.

Había así hombres cultos que debían servir en menesteres odiosos para su sensibilidad. Se batían con la

vida en medio de bajezas dolorosas, no tanto porque el oficio fuera, en sí mismo, una bajeza, como por la contradicción que significaba el hecho de servir en una función en completo desacuerdo con las facultades del que la servía. Esto amargaba el corazón y hacía fluir la protesta sorda y enconada contra un orden de cosas intolerable.

Antiguamente, el escritor podía callar y morderse en silencio. Y nunca ocurrió en realidad que fuera oído en sus protestas dispersas y ocasionales. Se encuentran en algunos contados escritores del siglo pasado, alusiones ásperas, voces irritadas contra la atonía del ambiente. Pero cruzan como un relámpago y se apagan rápidamente en el océano de la indiferencia general. Nadie las tomó en cuenta y a nadie conmovieron. Pero los tiempos han cambiado, al menos para la protesta. Han cambiado para la valoración humana del intelectual, en el sentido de que es mayor el número de personas que se interesa por el trabajo del pensamiento, sin que ello signifique una modificación profunda de la situación material. Se ha intensificado el flujo de la publicidad, pero ha crecido enormemente la concepción materialista de la vida. Las luchas sociales se han vuelto más intensas, pero la vida artística ha decrecido en volumen, en categoría. El tormento espiritual de que hablamos, descansa, justamente, en esta disconformidad brutal entre el hombre de pensamiento y la corriente espesa del tiempo, que arrastra inexorablemente la vida en un ritmo enloquecido y desesperan-

te. El hombre de pensamiento da voces en una tormenta, en un torbellino de pasiones, cuyo estruendo apenas deja oír las voces finas y las actitudes delicadas y profundas. Los gestos impetuosos o bruscos sobrepasan, en categoría, los matices superiores de la inteligencia. Tiene un valor considerable todo lo que actúa en función del goce físico o de la voluptuosidad sensual.

(Continuará)